

HUMBOLDT Y LEZAMA LIMA: PAISAJE DE LA POESÍA CUBANA CON COCODRILOS¹

Belén Castro Morales
Universidad de La Laguna
Tenerife
mbcastro@ull.es

Introducción

El barón Alejandro de Humboldt fue el primer científico europeo que pudo penetrar libremente en los territorios y archivos españoles de Ultramar en una expedición privada e independiente, financiada con la cuantiosa herencia que había recibido al fallecer su madre. Esto fue posible gracias al excepcional pasaporte que Carlos IV le había otorgado en Aranjuez en virtud de su experiencia en botánica, geología y mineralogía, cuando la modernización de estos conocimientos se hacía imprescindible para la revitalización de las obsoletas explotaciones americanas en el contexto de las reformas borbónicas. La influencia de destacados representantes de Sajonia en la corte española fue decisiva para que el ministro Urquijo allanara el camino a Bonpland y a Humboldt, quien hasta poco antes había trabajado como Inspector de Minas en Prusia. Su herencia terminaría por extinguirse con la cuidada y ruinosa edición ilustrada de los treinta volúmenes de la "edición monumental" del *Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent* (París, 1807-1825)². A esta colección añadió además los dos tomos de sus divulgativos *Cuadros de la Naturaleza* (*Ansichten*

La obra americanista del sabio prusiano Alexander von Humboldt (1769-1859), resultado de su viaje realizado entre 1799 y 1804, constituyó un legado científico, ético y estético en el que numerosos escritores y pintores latinoamericanos de los siglos XIX y XX encontraron diversos fermentos creativos. En este trabajo se parte de esa confluencia entre ciencia y estética para analizar la presencia del naturalista en el proyecto poético-cultural de José Lezama Lima. Esa apropiación de Humboldt por el escritor (como creador de algunas imágenes que inspiran su poética insular y como autor integrado al canon de la literatura cubana) nos lleva a recorrer los fundamentos anti-hegelianos de su americanismo, su mitifi-

Recibido: 15 de octubre de 2007
Aceptado: 11 de noviembre de 2007

der Natur, 1808 y 1849); el *Essai politique sur l'île de Cuba* (París, 1826-1827) y la síntesis final contenida en los cinco tomos de *Kosmos* (1845 y 1862). A este corpus americano deben añadirse sus cartas, así como otros documentos imprescindibles para conocer el primer estrato de su saber sobre América: los diarios y cuadernos de viaje que, sin la autocensura diplomática a la que el viajero sometió la edición de sus obras, se están publicando en Berlín desde 1982 en edición de Margot Faak³.

Cuando se lee atentamente el conjunto de este corpus descubrimos que Humboldt y Bonpland no se limitaron a describir científica y estéticamente selvas tropicales, volcanes y «desiertos». En las ciudades que visitaron —Caracas, La Habana, Quito, Lima, México...— tomaron contacto con gobernantes y miembros de la descontenta élite criolla (algunos de ellos iban a ser futuros protagonistas de la Independencia), con sabios ilustrados y con todos los sectores de una población vigilada por la censura inquisitorial, dividida en castas y disgregada por las desigualdades y el racismo. Humboldt pudo comprobar que los territorios hispanos eran un polvorín a punto de estallar y atribuyó aquella desastrosa situación al colonialismo, que perpetuaba un régimen feudal sustentado en la esclavitud, y en el monopolio, que había diezmado a la población indígena desposeyéndola de sus tierras para convertirla en mano de obra esclava o para confinarla en las misiones; también el colonialismo había delegado en el clero una educación basada en los principios irracionales de la religión, cerrada al cultivo del conocimiento sobre el propio medio. Con sus ideas fisiocráticas y liberales, Humboldt se alarmó ante la despoblación de

cación poética de la prosa humboldtiana y su particular concepción de la historiografía literaria, expuesta en el prólogo a su *Antología de la poesía cubana* (1965).

Palabras clave: Alexander von Humboldt, José Lezama Lima, Hegel, ciencia y poesía, poesía cubana, historiografía literaria cubana.

Humboldt and Lezama Lima: Landscape of Cuban Poetry with Crocodiles

The Americanist works of the wise Prussian Alexander von Humboldt (1769-1859), as a result of his expedition carried out between 1799 and 1804, constituted a scientific, ethical and aesthetic legacy in which many writers and Latin American painters of centuries XIX and XX found creative inspiration. This work is based on the aforesaid confluence between aesthetic and science in order to study the presence of the naturalist in the poetic-cultural project of José Lezama Lima. That appropriation of Humboldt by the writer (as creator of some of the

ricas zonas agrícolas y mineras sin explotar, mientras que el régimen de monocultivo impuesto por la economía metropolitana —que aparejaba la abominable esclavitud—, le parecía contrario al desarrollo libre y armonioso de la diversidad que ofrecía la naturaleza.

Frente a ese lamentable estado de las colonias, el viajero sugirió otras alternativas que se inscriben en el marco de la modernidad ilustrada y progresista: la liberalización de las ideas y de la economía mediante la apertura al libre comercio, la repoblación de los campos, la progresiva conversión de los esclavos en trabajadores asalariados, la extensión de la educación como arma de integración social, así como una nueva legislación democrática que devolviese su dignidad al indígena y a las castas marginadas. Creyó que con la aplicación de estas medidas los sectores poblacionales separados por el resentimiento y el racismo se convertirían en una nueva ciudadanía libre y culta que, dueña de su propio destino, explotaría racionalmente sus territorios, impulsaría la ciencia, las comunicaciones, la industria y el comercio, y emprendería por fin su camino hacia el progreso y la felicidad. El conocimiento de la geografía, como dominio científico del medio, y de la demografía, como ciencia estadística de la población, constituían en el nivel pragmático del discurso de Humboldt las bases de todo buen gobierno y los cimientos de la América moderna, que revolucionaría el orden del mercado mundial y se beneficiaría de un desarrollo sin trabas ni ingerencias externas.

Los criollos liberales reconocieron en los estudios del viajero la base científica de sus proyectos, y poco después lo convirtieron en un héroe de la

images that inspire their insular poetics and as an author integrated to the Cuban Literature canon) leads us to consider the anti-Hegelian principles of his Americanism, its poetic mythification of the Humboldtian prose and his particular notion of literary historiography, presented in the prologue to his *Antología de la poesía cubana* (1965).

Key words: Alexander von Humboldt, José Lezama Lima, Hegel, Science and Poetry, Cuban Poetry, Cuban Literary Historiography.

Independencia americana, a la que, efectivamente, Humboldt apoyó de diversos modos —aunque con variable entusiasmo— entre 1799 y 1825⁴. Y, mientras la edición de sus trabajos lo encumbraban también como «descubridor estético» de unos territorios preñados de bellezas naturales, las nuevas potencias coloniales descubrían a través del aura romántica de sus páginas un inmenso campo de expansión para sus futuras inversiones⁵.

El poeta cubano José Lezama Lima escribió sobre Humboldt en la época de los homenajes por el centenario de su fallecimiento (1859-1959), que impulsaron ediciones conmemorativas, discursos oficiales y diversas relecturas. Se iniciaba también la tarea revisionista y desmitificadora del viajero con el polémico estudio preliminar del historiador mexicano José Antonio Ortega Medina al *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1966). El viajero prusiano aparecía en ese estudio como un científico más oportunista que sabio, que al ofrecerle su información privilegiada sobre México al presidente Jefferson, animó al naciente imperialismo estadounidense a emprender su invasión hacia el Sur. Sin embargo, la apropiación del legado humboldtiano que propone Lezama, sin dejar de encerrar una lectura política, se desarrolla en el plano de su teoría poética de la cultura y prolonga a su manera la lectura positiva de una obra que los letrados y creadores criollos habían venido realizando desde los años veinte de la centuria anterior. Para esas fechas, la figura de Humboldt, leída parcialmente y debidamente manipulada en sus aspectos ideológicos, ya se había convertido en una autoridad científica que no sólo había inspirado a liberales y positivistas, sino que también quisieron apropiarse nacionalistas y conservadores latinoamericanos, imperialistas estadounidenses y europeos e, incluso, los nacional-socialistas alemanes (Ette 1999: 62).

Humboldt, el Cosmos y la Literatura de la Zona Tórrida

Para los escritores y artistas latinoamericanos la influencia de Humboldt se produjo en dos tiempos: el de su presencia directa en los círculos criollos ilustrados que lo recibieron durante el viaje y, poco después, a través de sus libros, que siguieron fascinando a sus lectores americanos, ya que en ellos encontraban por fin una imagen esperanzadora de su mundo en la que podían reconocerse. Como ha escrito Marie Louise Pratt, «tanto las clases comerciales europeas, decididas a extenderse en la región, como las élites criollas que bus-

caban formas de legitimación y auto-comprensión, sintieron la necesidad de un proceso de reinención» en el que Humboldt desempeñó un papel importante (35). En esa situación, como ha estudiado González Echevarría, la obra de Humboldt, como la de otros viajeros científicos de los siglos XVIII y XIX que escribieron sobre América, forma parte de un archivo de obras paradigmáticas donde los escritores criollos de la época reconocieron la máxima autoridad del saber sobre su mundo y donde encontraban su legitimación, mientras muchas novelas hispanoamericanas desde el siglo XIX se nutren de este nuevo modelo científico-descriptivo: “Este es el modelo hegemónico en la narrativa latinoamericana hasta el decenio de 1920 y aparece como un relevante vestigio en ficciones del archivo desde *Los pasos perdidos* hasta *Cien años de soledad* y *Yo el Supremo*” (152).

En efecto, el viajero proponía una nueva comprensión de lo americano que rectificaba las oscuras y paralizantes imágenes que el racionalismo ilustrado de los enciclopedistas y el mismo Hegel divulgaban en Europa. Junto con la geología, la botánica y la zoología, Humboldt había estudiado también exhaustivamente las obras de la «inteligencia americana»: desde Acosta y el Inca Garcilaso a Clavijero, la nómina de autores coloniales que cita Humboldt es impresionante. Además incorporó la desconocida ciencia criolla al saber ilustrado en que se había educado, contradiciendo muchos de sus principios «filosóficos» y «sistemáticos» y, de paso, generando alguna polémica sobre la paternidad de sus hallazgos. Ante las nuevas evidencias que Humboldt aportó, América dejaba de ser el cenagoso «mundo nuevo» recién desprendido del caos originario que Europa imaginaba, sin antigüedad ni historia, donde las especies inferiores y la inteligencia carecían de vigor. Al ir desmintiendo aquellos dogmas sostenidos por los prestigiosos Buffon o De Paw, que habían desencadenado las «polémicas del Nuevo Mundo», el mismo Humboldt —con mayor credibilidad y audiencia que sus colegas americanos— se convirtió en otro polemista que contraponía al miope americanismo europeo de principios del siglo XIX los irrefutables argumentos de la experiencia y la observación empírica.

Humboldt, a quien se considera hoy el fundador de la antropología moderna, se refería en su introducción a *Sitios de las cordilleras...* a la «revolución» que sacudía el estudio de las viejas civilizaciones y la evolución de los pueblos extra-europeos desde finales del siglo XVIII: «Hemos aprendido á conocer na-

ciones cuyas costumbres, instituciones y artes difieren casi tanto de los Griegos y Romanos, como las formas originarias de las especies animales destruidas son diversas de las que describe la Historia natural» (1878: 21, *sic*). El reconocimiento de la existencia de otras culturas y lenguas más antiguas incluso que las europeas (Egipto, la India, el sánscrito) había empezado a minar la idea universalista y eurocentrista vigente hasta entonces en la teoría kantiana, y Herder en sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791), al reconocer la existencia de otras dinámicas culturales, había iniciado el lento camino hacia el relativismo cultural.

Humboldt fue consciente de las dificultades que entrañaba su estudio de unos pueblos cuyos mitos, lenguas y monumentos le hablaban de viejas civilizaciones que no encajaban en los esquemas habituales de lo salvaje, lo bárbaro y lo civilizado; y sus inseguras, ambiguas y hasta contradictorias conceptualizaciones sobre la alteridad americana delatarán frecuentemente su situación entre la crisis del viejo paradigma universalista eurocentrista y el vacío epistemológico de un nuevo saber sobre el otro y lo otro americanos. En efecto, al descubrir *in situ* la antigüedad y, por tanto, la historicidad de los pueblos indígenas, Humboldt se enfrentaba al problema de situarlos en un marco global de las culturas y en relación con la cultura europea, de acuerdo con su sistema relacional y comparatista. Comprendió que, ante la diversidad cultural que aportaban los aztecas o los incas, no valía ya el paradigma único de la Antigüedad clásica mediterránea para evaluar su legado, como tampoco servía el canon helénico de Wincklemann para evaluar la belleza de sus «monumentos»⁶.

Pero si bien estableció que la llamada «barbarie» sólo era un estadio transitorio de los pueblos, más determinada por la opresión política que por el clima, y declaró que todas las naciones, hasta las más atrasadas, pertenecen al mismo género humano y están destinadas a la libertad y al progreso, ¿cómo organizar el mapa de los pueblos del mundo marchando a distinto ritmo hacia el ojo de la aguja de la civilización (occidental) sin destruir su *diferencia*? Las páginas de Humboldt escenifican estas tensiones entre su mirada europea y la conciencia de un mundo insospechado que le reclamaba otra actitud filosófica y otra epistemología para comprenderlo, así como otra herramienta expresiva para representarlo sin violentar su alteridad.

Sin entrar a plantearse estas cuestiones que hacían del americanismo humboldtiano una actividad conflictiva, Lezama Lima, en su ensayo «Tiempo de

Humboldt» (1957), tomaba del autor de *Cosmos* su nueva visión progresiva de lo americano como un estadio germinativo de la cultura abierto al devenir:

Humboldt [...] intuía en esas sociedades incipientes, ebulliciones de nuevas síntesis, distribuciones espaciales sutiles y poderosas, dimensiones cargadas de una novedad sorpresiva para las otras sociedades. Maestro incomparable en el arte de intuir la ascensión en las sociedades hasta adquirir su forma, saborea la madurez y el incipiente dulzor que inaugura el esplendor en la proximidad de la poma (Lezama Lima 1977: II, 586).

La ambiciosa teoría humboldtiana del Cosmos, nacida de la aspiración ilustrada de alcanzar una ciencia universal y por un tiempo impregnada con la naciente sensibilidad romántica del *Sturm und Drang*, hundía sus raíces profundas en la visión pitagórica de un universo armoniosamente organizado, que en aquellos años la *Naturphilosophie* actualizaba fundiendo ciencia (objetividad) y poesía (subjetividad) como medios concurrentes para percibir la morfología oculta y evolutiva de la naturaleza, concebida como un organismo único y a la vez diversificado. Sin embargo, como ha estudiado Charles Minguet, la novedosa «física del globo» de Humboldt se apoyaba más sólidamente en las bases geográficas del racionalismo ilustrado y materialista de Diderot y Buffon, con su concepción de la naturaleza como un conjunto de fuerzas interrelacionadas y en constante cambio. Además, la gran importancia que concedió a la percepción subjetiva en las variantes estéticas de lo pintoresco y lo sublime, como umbral del conocimiento analítico y del juicio, nos remite también a la teoría geográfica kantiana, vigente durante la formación del joven naturalista (Puig Samper y Rebok, en Humboldt, 2003: 23).

Sobre esas bases Humboldt desarrolló una actividad analítica y experimentalista desconocida hasta entonces, basada en la concurrencia de diversas disciplinas y metodologías, y envolvió su «física del globo» en una amplia mirada sintética que permitía establecer las grandes analogías y recurrencias que enlazan las aparentes diferencias en la naturaleza y en las sociedades⁷. Y, en paralelo, preocupado por la transmisión y la divulgación de esos nuevos conocimientos, y consciente de la insuficiencia de las atomizadas clasificaciones y taxonomías linneanas, experimentó también en el campo de la representación literaria del saber sobre la naturaleza.

De este modo, en lucha tanto contra la linealidad y la seca exposición causalista de la prosa descriptiva de las ciencias, como con los relatos novelescos de otros viajeros que le habían precedido, ensayó en cada una de sus obras el modo más idóneo de representar las complejas interrelaciones que operan en el Cosmos e intentó acceder por distintas experiencias semióticas al medio óptimo para transmitir la globalidad de lo simultáneo. Sin excluir otros medios gráficos y visuales (pasigrafías, líneas isotermas, cuadros físicos, mapas de relieves topográficos, tablas comparativas e incluso «instalaciones» con daguerrotipos a escala natural), Humboldt insistió una y otra vez en la necesidad de recurrir a la expresión sintética que sólo podían ofrecer la poesía o la pintura, delegando así en la actividad estética la óptima representación del conocimiento del Cosmos, la interpretación del enigmático libro de la naturaleza (Blumenberg, 2000).

Por eso recurrió en *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas* (1816) a los numerosos grabados de paisajes naturales y objetos arqueológicos que iban a fijarse de una forma duradera en las retinas de sus lectores americanos, proponiendo «vistas pintorescas» influyentes tanto en las artes plásticas (donde fue decisivo su impulso de la pintura de paisaje) como en la literatura. Y en numerosos pasajes de sus obras más divulgativas, como *Cuadros de la Naturaleza* (1808) y la *Relación histórica del viaje...* (1814-1825), asombraban las descripciones dinámicas e impresionistas de los escenarios americanos, obedeciendo a la demanda de un público europeo que pedía exotismo y aventura a la narrativa de viajes. Sin embargo, Humboldt consideró peligroso y conflictivo el recurso a procedimientos literarios cuando la ciencia tendía a desarrollar un discurso objetivo que excluía al sujeto⁸. Mientras tanto, de sus obras se desprendían emblemas telúricos y símbolos culturales (montañas, llanos, volcanes, cataratas, selvas, con su fauna y flora características), así como también una visión antropológica inédita hasta entonces de los pueblos indígenas.

Por otra parte, el interés de Humboldt por la literatura, concebida como la vasta biblioteca donde se conserva la historia evolutiva de las representaciones de la naturaleza, se manifiesta en el dilatado espacio que dedicó en el segundo volumen de *Cosmos* a analizar la evolución de esas descripciones en distintas culturas, mientras las anotaciones sobre sus numerosas lecturas literarias coloniales, como *La Araucana*, le servían para constatar el descuido con que los

poetas trataron la representación de una naturaleza que todavía esperaba a su cantor.

Su constante llamada a pintores y escritores americanos a «descubrir» un mundo fascinante, jamás interpretado adecuadamente por el arte y las letras coloniales, pronto surtió sus efectos en la naciente literatura republicana: en su poema en prosa «Mi delirio sobre el Chimborazo» (1822) Simón Bolívar recibía en la cima del volcán ecuatoriano la revelación sublime de su destino a través de la voz de un genio con acento claramente humboldtiano que le instaba a transmitir a los hombres los secretos del universo físico y moral que le habían sido revelados. Y un año después, desde su exilio londinense, Andrés Bello traducía a las silvas neoclásicas de su «Alocución a la poesía» (1823) aquel llamamiento humboldtiano al «Marón americano» que debía representar las fuerzas telúricas y las riquezas de la fecunda Zona Tórrida. Como ha escrito Graciela Montaldo, la influencia del viajero ayudaba al joven letrado a trazar un proyecto modernizador en el que «pone de manifiesto y en escena una nueva mirada sobre lo real-histórico» (110). Un estudio detenido de los fragmentos de Humboldt que Bello tradujo y divulgó a través de sus revistas londinenses *La Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826-1827) ayuda a revelar de qué modo los estudios del viajero fueron leídos y apropiados como un nuevo saber autorizado que debía incorporarse a los proyectos de nación de las élites criollas liberales de los años veinte. A través de la selección y traducciones de Bello, Humboldt aporta una poética telúrica y una pragmática modernizadora de la naturaleza americana, cartografiando el territorio, ordenando la población en estadísticas, definiendo su orografía, sus recursos naturales, etc. En esas páginas se hace explícito y transparente el propósito fundacional de Bello: conocer, diagramar, situar y valorar el espacio propio y sus recursos naturales, como bases de esa obra en la que deben confluir *brazos* y *luces*: trabajo y conocimiento como impulsos de la industria y el progreso de la nueva nación.

Así pues, Humboldt no sólo transmitió a sus lectores americanos ciertos valores ideológicos (crítica al colonialismo y a la esclavitud, o un incipiente relativismo cultural), nuevos conocimientos científicos y un catálogo de temas americanos hasta entonces desatendidos, sino también la inquietud estética que, al movilizar su propia escritura y dirigirla hacia el campo de la literatura, impulsaba también a los nuevos escritores criollos a desarrollar su tarea cartografiando

poéticamente su territorio y a transmutar el inventario de sus riquezas naturales en un capital simbólico que alcanzaría un intenso valor identitario en las poéticas criollistas, nativistas y regionalistas de las décadas siguientes.

Humboldt en la Literatura Cubana

Durante su viaje Humboldt visitó Cuba en dos ocasiones; en diciembre de 1800 y en abril de 1804. Era el primer viajero científico, moderno, que visitaba la isla, en una época en que ya empezaba a desarrollarse la ciencia y el conocimiento del medio americano con el impulso modernizador de las ilustradas sociedades de Amigos del País. Su primera versión del encuentro con la isla, incluida en forma abreviada en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, apareció desarrollada con mayor amplitud en los dos tomos de su monográfico *Essai politique sur l'Île de Cuba avec une carte et un supplément qui renferme des considérations sur la population, la richesse territoriale et le commerce de l'Archipel des Antilles et de Colombia...* (París, 1826-1827). Este tratado fue rápidamente traducido al castellano como *Ensayo político sobre la isla de Cuba* (París, 1827), en una edición de la que se reprodujeron dos falsas ediciones «nuevas» en 1836 y 1840.

La recepción de esta obra en Cuba fue obstaculizada por la prohibición que acordaron las autoridades del Cabildo, pues estimaron perniciosas y amenazantes para sus intereses las opiniones de Humboldt contra la esclavitud⁹. Esa prohibición ilustra la peligrosidad que se percibió en la ideología del sabio que había arribado a una isla cuyas bellezas naturales se veían ensombrecidas por la práctica del comercio humano. Esos aspectos político-económicos de su mensaje marcaron una línea predominante en la recepción de su ensayo durante los primeros años de su divulgación, alarmando a los hacendados preocupados por las sublevaciones de esclavos en el Caribe, y alentando los sentimientos abolicionistas de un sector de la intelectualidad isleña¹⁰.

Muy pronto la obra del naturalista iba a penetrar en las preocupaciones y en el imaginario de los poetas cubanos. El primer divulgador del romanticismo en Hispanoamérica, José María Heredia, había sido testigo del ascenso del culto a Humboldt en Caracas, donde pasó su primera juventud, y en México, donde vivió dos años de su largo exilio. En su discurso neoyorkino de 1887 en honor al poeta del Niágara, José Martí señalaba su temprana pasión por la obra

del naturalista: «De Lucrecio era por la mañana y por la noche de Humboldt» (1963a: V, 174). Cintio Vitier consideró a Heredia el «inventor» del paisaje cubano por haber aportado una imagen profunda y sintética de la naturaleza que superaba las visiones fragmentarias de Rubalcava y de Zenea: una «interpenetración de sentimiento y naturaleza, a tal punto que los espectáculos naturales resultan misteriosamente asumidos por el mundo de las pasiones» (75). Estas palabras parecen el eco de aquellas otras de Humboldt cuando escribía: «el mundo exterior físico se refleja, como en un espejo, en el mundo interior moral [...] todo lo que forma el carácter de un paisaje se une, por un antiguo lazo misterioso, a la vida sentimental del hombre» (2003: 114).

Como en otros poetas hispanoamericanos del momento, en Heredia no sólo encontramos una primera elaboración poética de las ruinas¹¹ o una estetización simbólica de volcanes, palmeras y cataratas, sino que también, en el plano de su discurso americanista, encontramos varios rasgos que aproximan al autor cubano a los postulados ideológicos de Humboldt, ya sean su condena de la esclavitud y de la tiranía, su amor por la libertad asociado a la contemplación de la naturaleza, o algunos matices de su indigenismo presentes en «A los habitantes de Anáhuac» o «Las sombras», donde se evoca la utopía del retorno del Inca (el Inkarrí), recogida por Humboldt en los Andes peruanos (2003: 413).

También José Martí, que declaró encontrar más poesía en un libro científico que en los manidos versos del falso romanticismo de la época, fue un estudioso y admirador de la obra de Humboldt. Su interés por la ciencia y la naturaleza se remonta a sus estudios en Madrid y Zaragoza (1873), donde asimiló el ideario krausista, y donde también despertó su vocación por la arqueología¹². En sus cuadernos de apuntes aparecen copiadas anotaciones de Humboldt como esta, tomada de una carta del naturalista, donde resumía la base armonista de su teoría del Cosmos:

Propósito de Humboldt.- «Pero sabéis —dice en carta a Lalande—, que mi objeto principal es la física del mundo; la composición del globo, el análisis del aire, la fisiología de los animales y de las plantas, las relaciones generales, finalmente, que ligan los seres organizados a la naturaleza inanimada» (en Bayo: 173).

Preocupado por el desvelamiento de la «inteligencia americana» e interesado por la modernización científica de «Nuestra América», el ejemplo de Humboldt reaparece en los escritos periodísticos de Martí como un paradigma del progreso de las nuevas repúblicas. Esa admiración late en su crónica «Un viaje a Venezuela» (1963b), escrito durante su exilio en Caracas, donde el poeta cubano describió las huellas del viajero en la ciudad ochenta años después.

Años antes la obra de Humboldt ya aparecía incorporada a publicaciones científicas, culturales y literarias de la isla, como en la miscelánea *Revista Habanera*, dirigida por el poeta romántico Juan Clemente Zenea, que en 1861 (t. I, II) reproducía una refutación de las teorías geológicas de Humboldt sobre el origen de las tierras rojas cubanas. Ello indica no sólo el estímulo que supuso la obra del naturalista para animar el debate y el avance de la ciencia local, sino también la temprana divulgación de su obra —aún prohibida— entre los nuevos escritores cubanos.

La primera edición cubana del *Ensayo* fue la del etnógrafo y antropólogo Fernando Ortiz en 1930, en la Colección de Libros Cubanos que entonces él mismo dirigía. Editar a Humboldt en una biblioteca de «libros cubanos» implicaba la naturalización oficial del viajero prusiano en el canon de la cultura insular, hecho que años más tarde se verá reforzado por una nueva edición anotada, la de 1957, incluida por Fernando Ortiz como suplemento de la *Revista Bimestre Cubana*. Ese mismo año iba a aparecer en La Habana otra edición oficial del *Ensayo*, editada por el historiador Emilio Roig de Leuchsering, y en 1960 verían la luz otras dos: una en la Biblioteca Popular de Clásicos Cubanos y otra realizada por el Archivo Nacional de Cuba¹³.

Para el objetivo de nuestro trabajo es importante subrayar esta revitalización de la obra cubana de Humboldt en el siglo XX, ya que sus mencionadas ediciones coinciden con la etapa de mayor actividad de algunos escritores cubanos tocados por distintos aspectos del americanismo humboldtiano: Alejo Carpentier, que en 1953 publicaba su novela *Los pasos perdidos*, y los poetas del grupo de *Orígenes*, encabezado por José Lezama Lima. Entre ellos prestaremos atención particular a dos textos de Lezama: el ensayo «Recuerdo de Humboldt», fechado el 30 de junio de 1957 y recogido en *Tratados en La Habana* (1977: II, 585-588), y el «Prólogo a una antología» que abría su *Antología de la poesía cubana*, de 1965, luego reeditado en *La cantidad hechizada* (1977: II, 995-1038). Seguramente no se debe a una simple coincidencia que

otro poeta vinculado a los proyectos origenistas, Gastón Baquero (1918-1997), también publicara entonces otro extenso trabajo sobre Humboldt, «Incitación a la lectura del *Cosmos* de Humboldt» (1959).

Lezama Lima: un paisaje de los orígenes

Entramos así en el propósito central de este trabajo, que es analizar las motivaciones y «afinidades electivas» que condujeron a Lezama Lima a recuperar la figura y la obra de Humboldt como una pieza significativa de su teoría de la cultura y de su «teleología insular». El recorrido debe iniciarse desde la etapa juvenil del poeta, cuando despuntaba su vocación de definir la identidad de la cultura cubana desde el plano del mito poético, investigando las ocultas imágenes insulares que podrían impulsar la expresión de lo cubano esencial. Esa búsqueda correrá en paralelo con la historia de la revista *Orígenes* (1944-1956), pero se iniciaba en *Verbum* (1937), cuando Lezama era aún estudiante de Derecho y, en el clima desalentador de la dictadura que siguió al derrocamiento de Machado, se empeñaba ya en trascender los debates literarios del momento (lo popular *vs.* lo culto, la poesía pura *vs.* la social), para llegar a una definición más profunda de la expresión de la *cubanidad* que la propuesta hasta entonces por las tendencias popularistas y negristas impulsadas desde la *Revista de Avance*. Este propósito nutría el programa fundacional de *Verbum*:

Quisiera *Verbum* ir despertando la alegría de las posibilidades de esa expresión, ir con silencio y continuidad necesarias reuniendo los sumandos afirmativos para esa articulación que ya nos va siendo imprescindible, que ya es hora de ir rindiendo [...] Estamos urgidos de una síntesis, responsable y alegre, en la que podamos penetrar asidos a la dignidad de la palabra y a las exigencias de recalcar un propio perfil, un estilo y una técnica de civilidad (Mataix: 90).

Ese proyecto de definir la identidad de una cultura insular aparecía como un tema central en el *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, fechado también en junio de 1937, y donde el joven Lezama, ante la perplejidad del poeta de Moguer, declaraba su propósito de buscar un mito insular que definiera poéticamente lo esencial cubano. Lezama partía de la clasificación de Frobenius

sobre las culturas «de litoral» y «de tierra adentro» para enfocar su planteamiento del insularismo «desde un punto de vista sensitivo», es decir, desde la perspectiva estética, estableciendo que la cultura de islas, como las de litoral, desarrollan un «sentimiento de lontananza», más que de «paisaje propio». Desde ese punto de partida Lezama pretendía «integrar el mito que nos falta», sorprendiéndolo como una emanación o evaporación inconsciente de lo insular que la poesía debía interpretar atrapando y tejiendo las esquivas imágenes latentes (1977 II, 44-64). En uno de sus sentidos más externos, el poema neobarroco y fundacional «Muerte de Narciso» (1937) venía a ilustrar la búsqueda de esa *imago* primigenia en la que reconocerse, figurada mediante la identidad aún confusa de aquel Narciso antillano inclinado sobre el espejo marino de las islas «no cuidadas».

Convertida la isla en motivo de reflexión cultural, Lezama sentía la necesidad de inventar mediante la *poiesis* un espacio aún no expresado por el verbo creador. Aquella síntesis de «raíces oscuras, cambiantes y ligerísimas» que caracterizan la esencia de lo insular debía empezar a tejerse en un territorio fragmentado, marcado por la sensación de aislamiento, de distancia y de discontinuidad; pero, como explicaba en «X y XX» (1945), parecía una paradoja hablar de «cultura insular» donde esos vacíos impedían el despliegue y la expansión de una memoria cultural: de una tradición (1977: II, 142-145).

Varios artículos de Lezama en su revista *Orígenes* seguirían insistiendo en la ausencia de tradición en la poesía cubana. En «Imagen y posibilidad» (nº 6, 1945) aquella poesía sin pasado apenas ofrecía algunos «rasguños proféticos», como anuncios de un posible devenir, y en el nº 15 (1947) depositaba en la política cultural de los artistas la «labor secreta» de crear cultura, rumbos y tendencias, como un modo de resistencia a la desintegración y el descuido de la política dictatorial de la isla. Entendiendo que lo cubano esencial era algo por definir poéticamente, y que debía tomar de lo «indiferenciado» las imágenes creadoras, Lezama situaba en la obra de José Martí aquellas primeras inscripciones en la materia amorfa de la poesía cubana, pues sus hechos y palabras tenían ya la fuerza para fecundar una imaginación poética cuyos signos empezaban a transfigurarse en «el espejo de los enigmas» (1981: 204 y 208).

Pero para comprender la presencia de Humboldt en la teoría poética y cultural de Lezama presenta un valor especial «Epifanía en el paisaje» (1956). En

este breve ensayo el poeta reflexionaba sobre el nacimiento de una visión epifánica, originaria, de una imagen emanada de la naturaleza cubana; revelación del esplendor que aún esperaba para manifestarse:

El paisaje tiene que ser descubierto, comenzante. Se trasciende para llegar a la novedad de la imagen que lo impulsa de nuevo. Lo epifánico parece estar en el madreporario de las islas, pues éstas se mecen, después de una extraña pausa, en lo que tiene que ser descubierto por una exigencia de la imagen y de la confluencia de las leyes (1977 II: 514).

La enigmática naturaleza de esas «leyes» confluyentes se irá aclarando en textos posteriores. Así, en el ensayo «Recuerdo de Humboldt» (1957) el poeta atribuía esa epifanía de la imagen «comenzante» de la isla a la mirada fecundadora del naturalista sobre el espacio cubano. En efecto, el texto homenajea al «descubridor» de imágenes americanas que, junto a Goethe, en Weimar, ordenaba la *physis* de acuerdo con leyes científicas:

En los periplos circulares del barón de Humboldt, nos parece que hay *un esclarecimiento de símbolos culturales*, cuando impulsado por su universal curiosidad, sale de excursión por tierras americanas amigado con el francés Bonpland, sorprende flora y fauna en su particularidad o en su relación con las ya conocidas, y de paso por Weimar organiza su breve visita a Goethe. Se encienden las bujías de gran recepción y Goethe deriva morfologías, paralelos y leyes de series diferentes para los ejemplares acariciados (*ibid.*: 585-586, cursivas nuestras).

La presentación lezamiana de Humboldt apunta también, por el implícito contraste entre la Cuba corrupta de Batista y la mítica ciudad de intelectuales de Weimar, hacia una utópica dignidad y plenitud de la cultura cubana, entonces degradada, siempre en ciernes¹⁴. En ese contexto de profundo escepticismo histórico, nombrar la ciudad de Weimar, evocar a Goethe y a Humboldt, era un acto que entrañaba una soterrada rebelión:

En realidad el tipo de sabio a lo Humboldt, a quien el hecho le arranca un júbilo de descubrimiento, de alegre inmotivación de los comienzos, parece

como si viajase con órdenes de Weimar, de pequeño centro de irradiación capaz de aclarar toda relación entre una manifestación fenoménica y un signo, entre un hecho y su configuración en unidad y símbolo. Cada viaje de Humboldt parece resumirse en una visita a Goethe. Dichosos días en que una aventura terminaba en una visita, como si los días de peligro se remansasen en una hermosa mañana de Weimar (*ibid.*: 585).

En este ensayo encontramos también el *modus operandi* lezamiano, característico de su teoría poética de la cultura, cuando atrapa en las páginas cubanas de Humboldt imágenes que se desarrollarán asociadas a otras por un juego de analogías subjetivas. Podemos observar así la función mítica que adquieren ciertos hechos elevados a la categoría de enigmáticas metáforas culturales en virtud de la relación oblicua y sutil que Lezama estableció al final de su ensayo entre Humboldt y Colón, a propósito del relato de la matanza de alcatraces; o entre Humboldt y Martí, al enlazar sus respectivas evocaciones de los orígenes legendarios de la historia cubana, cuando un jefe tribal hablaba a sus gentes desnudas oculto entre las hojas:

La metáfora, como hecho capaz de configurar un acto naciente que sorprende a Humboldt, es la imagen que José Martí lleva otra vez a lo sumergido creador. Sutilísima venganza de los alcatraces, desciframiento de aquellos chillidos presagiosos (*ibid.*: 587-588).

El poeta, ejercitando el libérrimo impulso asociativo de su *logos* poético, enhebra tiempos discontinuos y teje redes analógicas que atrapan signos, imágenes, «chillidos» de la naturaleza primigenia que presagian una voz. En virtud de ese *logos* poético, Humboldt, dador de una imagen insular, se nos presenta junto a José Martí como un habitante de la naciente «era imaginaria» americana, que en la teoría cultural de Lezama aparece expuesta como una “fábula intertextual” compuesta por elementos de imaginarios culturales heterogéneos pero poéticamente coherentes (Chiampi: 21).

Los cocodrilos de Batabanó: disputa científica e imagen poética

En su *Ensayo político sobre la isla de Cuba* Humboldt dedicó el Capítulo VIII al estudio de las arenas y corrientes de la bahía de Batabanó y describió su alucinada travesía entre los cayos de blancas arenas coralinas, donde se encuentran los llamados «Jardines y jardinillos del rey y de la reina». Varias páginas se extienden también en un análisis de los fieros y enormes cocodrilos de Batabanó, que el naturalista sometió a numerosos experimentos para diferenciarlos de otras especies, tanto de los caimanes locales como de otros cocodrilos del continente americano. Entre otras conclusiones de gran importancia científica, Humboldt anotaba a pie de página una curiosa circunstancia que diferenciaba a los cocodrilos de Batabanó de todas las demás especies:

me admiró mucho el no percibir este olor fuerte [de almizcle] en La Habana, tres días después de muerto el animal, en una temperatura de 30^o, siendo así que en Mompox a las orillas del Magdalena, los cocodrilos vivos apestaban nuestra habitación (1998: 323, n. 9).

Lezama elevará esta anotación marginal del sabio a la categoría de símbolo puro y luminoso de la naturaleza y la cultura insular: «A qué atribuir esa resistencia [de los cocodrilos] a la descomposición si no [sic] a la pureza de las arenillas, a la frescura de las corrientes, a la delicadeza de su nutrición marinera» (587). Al mismo tiempo el poeta interpretará su estudio oceanográfico de las corrientes marinas que circundan la isla como una implícita confirmación de aquella metafórica «resaca» que, según la describía en el *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, dispersaba elementos de la cultura insular y los universalizaba en el reflujó de las mareas:

En Humboldt, en su *Ensayo* famoso sobre Cuba, hay una intuición de la universalidad de las corrientes marineras que rodean la isla. Un gran remolino, comprueba, baña las costas en el sur de los Estados Unidos y lanza después las frutas cubanas a las costas de Noruega (1977 II: 587).

Los cocodrilos americanos habían sido objeto de disertación nada menos que en las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1822-1831) de G.

W. Friedrich Hegel. En esa obra el filósofo exponía un proyecto de modernidad que excluía expresamente a las sociedades americanas, al declarar que en el continente, página en blanco de la historia, no se manifestaba aún el espíritu (la razón) que haría posible el inicio de su progreso dentro del *logos* occidental:

América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea. En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos, etc.; pero esas fieras, aunque poseen parecido notable con las formas del Viejo Mundo, son, sin embargo, en todos los sentidos más pequeñas, más débiles, más impotentes. Aseguran que los animales comestibles no son en el Nuevo Mundo tan nutritivos como los del Viejo. Hay en América grandes rebaños de vacunos, pero la carne de vaca europea es considerada allí como un bocado exquisito (170-171).

Con su evidente lastre de prejuicios eurocentristas, el célebre profesor de la Universidad de Berlín se hacía eco de los errores dogmáticos del racionalismo dieciochesco consagrados en las páginas de la *Enciclopedia* francesa.

En 1837 Humboldt había leído con sensaciones contradictorias el citado pasaje de la *Filosofía de la historia* de Hegel y en una carta a su amigo y asesor literario Vernhagen von Ense declaraba:

Sin duda se ofrece a mi vista todo un mundo de ideas en ese Hegel, a quien Gans ha legado tan hábilmente el carácter de su gran personalidad; pero para un hombre que, como yo, examina tan minuciosamente el suelo y sus diferencias de naturaleza, una afirmación abstracta de hechos y opiniones completamente falsas sobre la América y las Indias, me oprime y quita mi libertad espiritual.

Y, después de referirse a lo grandioso de algunos de sus juicios y de reprocharle al filósofo la falta de gracia y de juventud de su lenguaje, añadía irónicamente:

Yo “renunciaría voluntariamente a la carne de vaca europea” que Hegel (p. 77), en su ignorancia, cree muy superior a la carne de vaca Americana, y

me gustaría vivir cerca de los delicados y débiles cocodrilos, que por desgracia tienen 25 pies de longitud (1989: 207).

La experiencia americana del naturalista venía a desmentir, como en tantas otras ocasiones, los prejuicios teóricos del americanismo europeo. La cuestión de los cocodrilos venía a convertirse en una fracción de aquel debate mucho más amplio entre el saber europeo (con las ideologías eurocentristas y neocolonialistas que le daban carta de naturaleza) y el saber experimental obtenido en América por los sabios criollos y por el mismo Humboldt. Efectivamente, usando la expresión que dio nombre a una instalación del artista plástico Alejandro J. Restrepo, «El cocodrilo de Humboldt no es el cocodrilo de Hegel» (Restrepo: 16-17); pero el cocodrilo de Humboldt sí fue el cocodrilo de Lezama.

En 1957, el mismo año en que el poeta dedicaba su homenaje a Humboldt, dictaba en el Centro de Altos Estudios del Instituto Nacional de La Habana las cinco conferencias que ese mismo año iban a integrar el volumen *La expresión americana*. Obedeciendo a su planteamiento de indagar sobre las claves de la cultura latinoamericana, el poeta exponía su perspectiva —subjetiva y poética— sobre la identidad cultural del continente, considerando su univ ersalidad y su diferencia en un espacio físico de energías nativas que daban lugar a una transculturación creadora. A partir de ese multicultural «protoplasma incorporativo» la cultura americana avanzaba hacia una síntesis original (necesariamente barroca) de las múltiples imágenes y mitos de otros tiempos y culturas convocados en el «espacio gnóstico» americano, donde cobraban una nueva vida y significación original.

Al hacer suya la idea romántica de un «espacio gnóstico», divulgada por la *Naturphilosophie* de Schelling y, en ciertos aspectos estéticos, transferida a la naturaleza americana por los textos de Humboldt, Lezama se oponía frontalmente a Hegel, quien, al apartarse de la concepción mística e irracionalista del hombre fundido con una naturaleza espiritualizada, había preferido centrar su trabajo filosófico en la relación entre el hombre y la historia, es decir: en el avance racional del espíritu humano a través de un proceso ascendente y lineal donde se concatenan efectos y causas en virtud de su lógica dialéctica. Como explica Irleamar Chiampi, *La expresión americana* de Lezama contiene una contestación múltiple contra el hegelianismo:

En casi todas sus premisas teóricas —la visión de la historia como ficción dirigida por el *logos* poético, la nueva causalidad del contrapunto antihistoricista, la era imaginaria como vivencia metafórica, la naturaleza como «espacio gnóstico»— es visible la ruptura epistemológica con la lógica y el historicismo de Hegel (27).

Sin duda, Lezama intentaba destruir la imagen excluyente y eurocéntrica de Hegel, cuya visión de América como un mundo desorganizado e impotente, agitado por la violencia y debilitado en su capacidad de progreso por la moral católica, se oponía en todo a la perfección del protestantismo germánico, garante de la razón, del progreso material y de las libertades. Frente al paradigma germánico como cúspide del avance de la razón occidental, Lezama situaba un origen de la cultura americana en el Mediterráneo, donde se fundieron elementos de cultura oriental y occidental, mitos grecolatinos y cristianismo primitivo, platonismo y catolicismo, forjando imágenes de cultura que con la colonización arraigaron en tierra americana, transculturándose con los signos autóctonos y ofreciendo mitos que se manifestaron inicialmente en el Barroco «de la Contraconquista», y que aún podían cobrar nueva vida al ser «reinventados de nuevo» por la poesía.

De esta manera el cocodrilo de Humboldt y el cocodrilo de Lezama, cada uno en su contexto discursivo, pero también considerados en su recíproca y oblicua relación poética, pueden ser interpretados como una sinécdoque de un argumento más amplio en la polémica contra las visiones americanas propuestas por el eurocentrismo occidental.

Humboldt en la raíz poética de la «teleología insular»

Años más tarde, el gobierno revolucionario de Fidel Castro encargó a Lezama la *Antología de la poesía cubana* (1965). En su «Prólogo a una antología», relato razonado de un proceso poético iniciado por el canario Silvestre de Balboa, el poeta incorporaba a Humboldt como un autor significativo del siglo XIX, ya que su *Ensayo político sobre la isla de Cuba* señalaba una nueva inflexión poética:

Nosotros hacemos referencia a esa obra, no sólo por la significación que tuvo en todos los órdenes, sino por las valiosas aportaciones que hace sobre

nuestra naturaleza, todas ellas de *raíz poética* (Lezama 1977 II: 1016, cursiva nuestra).

La sensibilidad lezamiana redescubría en la prosa del científico una poética de la naturaleza que era también, sobre todo, la suya. Cifrada en la imagen como potencia transformadora y organizadora de una sustancia poética sumergida en lo indiferenciado y urgida de tomar forma a partir de sus oscuras larvas latentes, la *imago* empezaría a emerger del protoplasma amorfo de la naturaleza. Con esa perspectiva subrayaba el poeta el valor de ciertas descripciones del viajero, como aquella que se extendía en describir la suspensión de las formas lejanas por el efecto de refracción de la luz cenital del trópico, creando efectos de espejismo. Por eso Lezama se apropiaba de la prosa humboldtiana para extraer de sus imágenes cubanas un axioma poético:

[Humboldt] precisa también que nuestros arenales arden como líquidos y que muchas de esas arenas están formadas por corales destruidos. Sus conclusiones científicas nos llevan casi a la afirmación de que nuestra poesía tiene una raíz natural, que la naturaleza es poesía, creación por la imagen (*idem*).

Algunos años antes, en «Las imágenes posibles» (1948), Lezama había descrito las imágenes poéticas como redes para atrapar analogías fugaces e invisibles en el fluir temporal, y explicaba que se perciben (como los espejismos flotantes de Humboldt) como «interposiciones naciendo de la distancia entre las cosas» (1977 II: 180), pues la imagen hace visible el esplendor poético al darle una forma.

Del mismo modo valoraba la visión que el naturalista se había forjado de la hospitalaria y civilizada sociedad cubana, sorprendiéndole que el *Weltbürger* procedente de la refinadísima corte de Weimar, supiera apreciar sobre todo en las mujeres criollas aquella agudeza primitiva, un refinamiento que estaba más cerca de la naturaleza que de la cultura social.

No deja de ser curiosa esta segunda apropiación de Humboldt por Lezama como un eslabón significativo dentro de la evolución de la poesía cubana, pero como precisaba el escritor, la mirada del viajero «aclara las perspectivas con que nuestro país va siendo visto por los extranjeros» (1977 II: 1017). Esa mirada del forastero como elemento de construcción de una incipiente iden-

tividad poética insular no era exactamente la de un poeta, pero su inserción en la genealogía de la poesía cubana no sólo se debe a los méritos literarios del naturalista, sino también al novedoso procedimiento metodológico lezamiano para aprehender todas las motivaciones del hecho poético:

El estudio de la literatura debe rebasar las fuentes de información que sean estrictamente literarias. Cuanto mayor y más diversas sean esas fuentes, más complejo y ahondado es el rendimiento literario, por eso nos ha parecido acertado el criterio de Paul Éluard, al incluir en su *Antología de la poesía francesa*, leyendas, cuentos infantiles, tradiciones populares, etc. Así puede apreciarse con más precisión la extensión de las motivaciones de toda índole que expresa un poema (*ibid.*: 1019).

A esta exposición de las bases de una nueva historiografía literaria añadía el poeta algunos ejemplos recientes de ese método extensivo en la investigación etnográfica desarrollada por creadores cubanos como Samuel Feijóo o Lydia Cabrera, que encontraban en la expresión popular impresionantes imágenes poéticas cargadas de sabiduría; pero, sobre todo, encontraba aquel «rendimiento» en las fecundas relaciones entre los poetas románticos con científicos y naturalistas, que se estimulaban recíprocamente para la comprensión del propio entorno, pues «¿qué cosa más importante para un poeta que el conocimiento de su tierra en una dimensión profunda, donde sus intuiciones marchen acompañadas del más riguroso conocimiento científico?» (*ibid.*: 1022). De este modo, las leyes de la ciencia humboldtiana cooperaban con la mirada intuitiva de los poetas en el esclarecimiento y conformación de una imagen insular.

En otro texto de madurez, «La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX)», de 1966, Lezama acudía precisamente al ejemplo de Goethe para evocar aquella labor cultural heroica, consistente en «configurar lo oscuro», para contraponerle el caso de la cultura insular, carente aún de una tradición que le permitiera fundar la poesía o la pintura cubanas, porque aquellas larvas que se agitaban entre sombras confusas aún no habían encontrado el remansamiento ni la conformación estética. Ese inacabado proceso, que Lezama había hecho comenzar con el título vacío pero prometedor de *Espejo de paciencia* (1608), encontraba un hito significativo en la poesía de Martí, el in-

molado que, como el Narciso de su poema, al morir elevó los símbolos de lo cubano e insufló en la isla un germen creador:

En esa segunda mitad del siglo XIX, mientras la pintura muestra rasguños y balbuceos paisajistas, la poesía logra su plenitud al acercarse a la naturaleza, al esquivarla después, y por último en José Martí, donde ya la relación poesía-naturaleza alcanza su plenitud al ascender la poesía a propia naturaleza (1977 II, 960).

Más allá del paisaje, Martí había tocado las invisibles esencias de la identidad cubana y las había convertido en «cantidad hechizada por la poesía», en sustancia con densidad de cultura que fecundará otras imágenes posibles en la «sobrenaturaleza» creada por la poesía para acrecentar la realidad de la cultura insular. Así la imagen empezaba a actuar en la historia.

Podemos concluir entonces que Humboldt, visto como clarificador del cosmos insular, descubridor de imágenes posibles y, por ello, legítimo eslabón de la poesía cubana en su canon literario, resplandece en los textos de Lezama como un mediador entre la naturaleza y la «sobrenaturaleza» de la poesía. Las imágenes humboldtianas de la isla de Cuba, «reinventadas de nuevo» por el eros barroco de Lezama Lima, eran ya fibras para el tejido de una memoria cultural cubana y, al mismo tiempo, hablaban de la «posibilidad infinita» de la poesía.

Como se ha podido observar, la apropiación y relectura que Lezama Lima realiza —la del Humboldt científico y romántico de la utópica Weimar— se inscribe plenamente en su teoría mítico-poética de la cultura. La mitificación poética y la canonización literaria del sabio que realiza Lezama, como tantas otras versiones que lo sacralizaron como icono laico, republicano y liberal, asume su mismo optimismo progresista al situarlo en la génesis de una cultura cubana que no terminaba de consolidarse, y a la que Lezama asociaba aquel «nuevo estilo de civilidad» en cuya creación creían los origenistas.

Sin entrar en el análisis de la dimensión socio-política de sus obras ni en la deconstrucción de su discurso sobre América, la reinención poética que el escritor cubano hace del científico prusiano nos dice mucho más de los intereses literarios de Lezama que lo que Lezama nos dice explícitamente de Humboldt. Sin embargo, no deja de ser interesante comprobar cómo en la enigmática

mención de Lezama a los cocodrilos de Batabanó se ocultaba el enfrentamiento polémico de dos visiones encontradas de América (la de Hegel y la de Humboldt) en el pensamiento europeo del siglo XIX, así como analizar esta visión lezamiana del extranjero como revelador de algunas claves de la identidad insular y americana.

Notas

- ¹ Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación BFF2003-09730, «Huellas de Alexander von Humboldt en la representación estética de la naturaleza y de las culturas (Canarias e Iberoamérica, siglos XIX y XX)», Plan Nacional de I+D y FEDER, Ministerio de Educación y Ciencia, 2003-2007.
- ² Aparte de los volúmenes dedicados a la botánica, a la astronomía, a la geografía de las plantas, anatomía y zoología, los atlas y cuadros físicos, etc., formaban parte de esta “edición monumental” obras tan significativas como el *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne, dédié à S. M. Charles IV* (2 vols., 1808-1811), el *Atlas pittoresque du voyage o Vues des cordilleres et monuments des peuples indigènes de l’Amerique* (1810-1813), y la célebre y más narrativa *Rélation Historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent* (3 vols. 1814, 1819, 1825), que sólo incluye hasta la llegada a Cartagena.
- ³ El primer volumen, *Lateinamerika am Vorabend der Unabhängigkeitsrevolution [América Latina en vísperas de la revolución de Independencia]* (1982) contiene la visión crítica de Humboldt sobre la historia y la política colonial, la esclavitud, el régimen misional, los abusos contra los indígenas, etc.; los otros volúmenes contienen las anotaciones correspondientes al trayecto del viaje: *Reise auf dem Río Magdalena durch die Anden und Mexico* (1986 y 1990) y *Reise durch Venezuela* (2000).
- ⁴ Sobre la posición de Humboldt respecto a los distintos momentos del proceso independentista véase el documentado trabajo del historiador Michael Zeuske (2000), donde se exponen analíticamente las fases de su pensamiento político sobre América Latina en sus libros y diarios, en paralelo con los procesos históricos (guerras de la Independencia y guerras civiles) y con el proceso de su mitificación como héroe científico y de la Independencia.
- ⁵ La profesora canadiense Mary Louise Pratt ha abordado esta cuestión con la perspectiva de los estudios postcoloniales en «Humboldt y la reinención de América» (1988). Lo cierto es que Humboldt creyó firmemente en las ventajas que el comercio internacional reservaba a las nuevas repúblicas americanas y, del mismo

modo que propició el contacto del mexicano Lucas Alamán con inversores mineros franceses e ingleses, también animó al gobierno prusiano a fundar la *Rheinisch-West-Indische Kompanie* en 1821, fomentando su interés hacia las nuevas repúblicas. Sus planteamientos económicos, sin embargo, repudiaban explícitamente toda relación colonial.

- ⁶ Así lo registró en su introducción a *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*: “No hay dificultad mayor que la de comparar naciones que siguen caminos diversos en su perfeccionamiento social; y así los Mejicanos y Peruanos no pueden juzgarse con arreglo á principios tomados de la historia de los pueblos que nuestros estudios nos recuerdan á cada paso; aléjense de los Griegos y los Romanos, cuanto se acercan a los Tibetanos y Etruscos (Humboldt 1878: 18, *sic*).
- ⁷ Sobre los fundamentos de la compleja ciencia humboldtiana, su creatividad en incipientes o nuevas disciplinas como la antropología y su enfoque transdisciplinar, véanse los trabajos de Charles Minguet (1969) y de Ottmar Ette (2005).
- ⁸ En *Cosmos* Humboldt también reconoció el influjo inicial de los textos de otros escritores a los que se considera promotores del sentimiento romántico de la naturaleza: Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre, Chateaubriand, Volney y Georg Forster, pero en el prólogo a *Cuadros de la Naturaleza* declaraba que, con esos procedimientos estéticos, el discurso científico “*degenera* en declamaciones poéticas” (Humboldt 2003: 27, cursiva nuestra).
- ⁹ En el expediente del Cabildo se lee «... que esta obra bajo muchos aspectos apreciabilísimos era sin embargo sobremanera peligrosa entre nosotros por las opiniones de su autor acerca de la esclavitud y mas que todo por el cuadro tanto mas terrible cuanto presenta las gentes de color de su inmensa fuerza en esta Isla, y su preponderancia excesiva en todas las Antillas y las costas del continente que nos cerca» (Citado en el prólogo a Humboldt 1998: 91).
- ¹⁰ En la edición estadounidense de Trasher (1856), publicada cuando la política expansionista de Washington ya proyectaba comprar la isla de Cuba a España, el Capítulo VII del *Ensayo político*, que se ocupaba especialmente de la esclavitud, fue suprimido. Humboldt protestó con una carta abierta en el *New York Daily Times* por la manipulación de su obra.
- ¹¹ El Teocalli de Cholula, motivo arqueológico del célebre poema de Heredia, fue uno de los monumentos aztecas que Humboldt estudió, describió y representó gráficamente por primera vez en *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas*.
- ¹² No es casual que la primera divulgación de las traducciones de la obra de Humboldt en España se debieran a iniciativas del círculo krausista, donde Bernardo Giner

B. Castro Morales. Humboldt y Lezama Lima...
Estudios 15: 30 (julio-diciembre 2007): 435-461

tradujo *Cosmos* (1874-75, con José Fuentes), *Cuadros de la Naturaleza* (1876) y *Sitios de las cordilleras y monumentos de indígenas* (1878).

¹³ Los detalles de estas ediciones aparecen descritos en el prólogo a Humboldt, 1998: 94-98.

¹⁴ Un contraste similar puede encontrarse en el texto del poeta venezolano José Antonio Ramos Sucre *Sobre las huellas de Humboldt* (Caracas, Tipografía Mercantil, 1923), donde la Caracas distinguida, floreciente y culta que recibió a los viajeros puede leerse en contrapunto con el sórdido ambiente del gomecismo que Ramos Sucre sufrió antes de su viaje a Ginebra. Por otra parte, la mitificación de la ciudad de Weimar como utopía cultural, en contraste con las inmaduras ciudades americanas donde se marginaba a los artistas e intelectuales, ya se encontraba en los ensayos de Rodó *Ariel* y *Motivos de Proteo*.

Bibliografía

- Baquero, Gastón (1950) «Incitación a la lectura del *Cosmos* de Humboldt». *Islas* 2: 257-276
- Bayo, Armando (1970) *Humboldt*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Blumenberg, Hans (2000) *La legibilidad del mundo*. Trad. Pedro Madrigal. Barcelona: Paidós.
- Chiampi, Irlemar (1993) «La historia tejida por la imagen», introducción a José Lezama Lima. *La expresión americana*. Ed. I. Chiampi. México: FCE.
- Ette, Ottmar (1999): «Un culpable inocente». *Humboldt. Inter Nationes* 41: 126: 62-65.
- _____ (2005) «Ciencia, paciencia y conciencia en Alejandro de Humboldt: un pionero fascinante de la Edad de la Red» en Holl, Frank (ed.). *Alejandro de Humboldt, una nueva visión del mundo*. Madrid: Lunweg Editores, pp. 37-43.
- Gerbi, Antonello (1982) *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. Trad. Antonio Alatorre. México: FCE.
- González Echevarría, Roberto (2000) *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: FCE.
- Hegel, Georg Friedrich Wilhelm (1980) *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Trad. José Gaos. Madrid: Alianza.
- Humboldt, Alejandro de (1878) *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Trad. Bernardo Giner. Madrid: Imprenta Gaspar.
- _____ (1989) *Cartas americanas*. (Ed. Charles Minguet). Trad. Marta Traba. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- _____ (1998) *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*. (Eds. Miguel Ángel Puig-

- Samper, Consuelo Naranjo Orovio y Armando García González). Aranjuez: Doce Calles.
- _____ (2003) *Cuadros de la Naturaleza*. Trad. Bernardo Giner. Puig-Samper, Miguel Ángel y Sandra Rebok (eds.). Madrid: Catarata.
- Lezama Lima, José (1977) *Obras Completas*. México: Aguilar.
- _____ (1981) *Imagen y posibilidad*. La Habana: Letras Cubanas.
- Martí, José (1963a) «Heredia». *Obras completas*, V. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- _____ (1963b) «Un viaje a Venezuela», *Obras completas*, XIX. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- Mataix, Remedios (2000) *La escritura de lo posible. El sistema poético de José Lezama Lima*. Murcia: Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos-Universitat de Lleida.
- Minguet, Charles (1985) *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América Española (1799-1804)*. Trad. J. Padín Videla. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Montaldo, Graciela (1995) «El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento» en González Stephan, Javier Lasarte, Graciela Montaldo y María Julia Daroqui (eds.). *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila-Universidad Simón Bolívar, pp. 103-123.
- Pratt, Mary Louise (1988) «Humboldt y la reinención de América». *Nuevo Texto Crítico*, I, nº 1, enero-junio, pp. 35-53. (También en Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London/ New York: Routledge, 1992, pp. 111-143).
- Ortega y Medina, Juan A. (1966) «Estudio preliminar» en Alexander von Humboldt. *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Trad. Vicente González Arnao. México: Porrúa, pp. IX-LIII.
- Restrepo, Alejandro J. (1999) «Ver y representar. El cocodrilo de Humboldt no es el cocodrilo de Hegel». *Humboldt, Inter Naciones*, 126, año 41: 16-17.
- Vitier, Cintio (1970) *Lo cubano en la poesía*. La Habana: Instituto del Libro.
- Zeuske, Michael (2000) «¿Padre de la Independencia?: Humboldt y la transformación a la Modernidad en la América española», en Puig-Samper, Miguel Ángel (ed.). *Alejandro de Humboldt y el mundo hispánico. Debate y perspectivas: Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales*, nº 1. Madrid: 67-100.